

ieron en Donauworth un suceso que resultó funesto tanto para la ciudad como para todo el Imperio. En la citada ciudad se había conservado en su recinto, como recuerdo insignificante de una época pasada, un convento llamado de Santa Cruz por venerarse en él como reliquia una partícula de la cruz del Salvador. En un principio habían vivido en este convento monjas, pero en la época de que tratamos vivían en él, dedicados á la contemplación, una docena de frailes benedictinos, satisfechos de ser tolerados sin verse expuestos á la mofa del resto de la población. Estos frailes se cuidaban de las necesidades religiosas de los pocos habitantes católicos de la ciudad, cuyo número se fué continuamente aminorando hasta quedar á fines del siglo reducidos á diez y seis ciudadanos en su mayor parte pobres y míseros.

Por el año 1565 dispuso el consejo municipal, compuesto de individuos protestantes á excepción de dos que eran católicos, la supresión de una porción de usos y ceremonias católicas en el territorio municipal, para evitar choques y colisiones públicas. Una de estas disposiciones ordenaba que los ciudadanos católicos fallecidos en la ciudad fuesen enterrados en el cementerio del convento, asistiendo á los funerales el párroco de la iglesia del convento y dos frailes, sin preceder á la comitiva el crucifijo y sin emplear en la ceremonia de entierro ni incensario ni cirios de duelo. Además debía tocarse la campanilla solo al pasar el cura con el Viático, el cual durante el tránsito por la ciudad debía llevarse oculto hasta el umbral de la habitación del moribundo, y otras disposiciones por el estilo. El consejo municipal se creyó en su derecho de ejercer estos actos de jurisdicción baja en virtud de una carta imperial de 1465 que concedía á la ciudad el derecho de policía permanente sobre el convento. Mas tarde usurpó este derecho el obispo de Augsburgo, y el emperador Carlos V había rechazado en 1544 las protestas de la municipalidad; solo los dos florines de oro que continuó pagando el convento anualmente á la ciudad representaban en cierto modo el reconocimiento de los derechos municipales.

Poco á poco continuó el consejo municipal reduciendo los intereses católicos aun mas allá de las cosas de puro aparato, y dispuso que no se verificaran fuera de la iglesia parroquial ni casamientos ni bautizos sin autorización especial del alcalde. La iglesia parroquial había sido adquirida del convento en 1530 en cambio de una suma convenida, y por consecuencia había sido destinada al culto protestante aun antes de la proclamación de la paz religiosa. El paso mas aventurado que dió el consejo municipal en el cercenamiento de los derechos católicos fué en 1596, cuando toda la ciudad había llegado á ser casi completamente protestante, poniendo por condición para adquirir la ciudadanía la profesión de la religión protestante.

Por lo pronto los frailes del citado convento se habían conformado bien ó mal con estas reducciones, y si se originaron diferencias con motivo de algunas tentativas para prescindir de tales reducciones, habían quedado rápidamente zanjadas, y el abad Cristóbal Gering, que gobernó el convento desde 1581 hasta 1602 y formaba todavía parte de la antigua generación clerical tolerante de otros tiempos, conservó relaciones amistosas con los señores del consejo municipal. Los frailes mas jóvenes, cuyo número se había aumentado gradualmente de 12 á 16 individuos, eran casi todos alumnos de los jesuitas del instituto de Dilling, manifestaron vivamente el espíritu de la restauración, y desde el año 1602 encontraron en el nuevo abad Leonardo Hörmann un jefe fanático. Entonces resonaron en los pasillos del convento los mas violentos denuestos contra los protestantes, y por supuesto en primer lugar contra Lutero. Se dijo que era una ignomi-

nia sufrir los insultos que se hacían á la santa Iglesia y que era menester enseñar las caras á los herejes. Desde 1598 volvieron los frailes á presentarse en público con sus ceremonias religiosas, se volvió á oír la campanilla al llevar el Viático á los enfermos, en los entierros ostentaron otra vez la antigua pompa religiosa, y sobre todo desde 1603 se volvieron á repetir las procesiones públicas, que hasta 1573 se habían limitado al recinto del convento; mas adelante se habían extendido hasta una aldea vecina que estaba todavía en territorio municipal, mas por lo pronto todavía sin cánticos ni plegarias, con las banderas bajas y metidas en fundas; pero al principiar el siglo XVI volvieron las procesiones á recorrer la ciudad con banderas desplegadas y con toda la ostentación religiosa.

Así se efectuó la procesion de la Semana Santa del año 1605. Entonces se puso el comandante de la fuerza urbana enfrente de la procesion, y mandó que se bajara la bandera, á lo cual se negó el abad apelando muy arbitrariamente á la usanza y derecho antiguos. Esto dió lugar á un violento altercado hasta que el comandante obligó á uno de los abanderados á llevar la bandera al recinto del convento.

Con esto empezó la tragedia de Donauworth.

El derecho estaba sin duda ninguna de parte de la autoridad municipal, no solamente porque en este caso se trataba de una ceremonia nueva introducida en la citada ciudad despues de 1555, sino tambien porque los católicos desplegaron arbitrariamente esta ceremonia religiosa en territorio municipal cuya autoridad protestante estaba libre de la jurisdicción papal y era soberana en su territorio.

El abad presentó queja al obispo de Augsburgo acusando á la ciudad de Donauworth de haber violado la paz religiosa. El obispo, engreído ya de su triunfo en Kaufbeuern, trasladó la queja al consejo imperial y este aprovechó gustoso la ocasión para proceder tambien contra esta ciudad independiente. Pero no lo hizo formando al consejo municipal una causa en toda regla, sino mandándole despóticamente, sin previo informe, que se presentase en octubre de 1605, en el plazo de treinta y seis dias bajo pena de ser declarado fuera de ley, á fin de responder por haber turbado la procesion, prohibiéndole replicar é incurrir de nuevo en la misma falta de turbación de las ceremonias de los católicos hasta haberse fallado la causa en justicia.

Los consejeros municipales de Donauworth tampoco supieron defenderse, y en lugar de pedir la tramitación regular y negar al consejo imperial la competencia en asuntos de municipalidades independientes y en materias religiosas, se sometieron como los consejeros de Kaufbeuern al mandato del consejo imperial y se limitaron á enviar á Praga, á la corte del emperador, sus réplicas contra las acusaciones contenidas en el mandato del consejo.

El abad, envalentonado con el edicto imperial, dispuso una nueva procesion para la fiesta de San Marcos del año 1606. Fué en vano que el consejo municipal hiciera presente que no se excitara la opinion pública. La procesion atravesó la ciudad con banderas desplegadas y cantando en alta voz, y no pasando por callejones, sino atravesando la plaza del mercado. El pueblo enardecido por sus predicadores se amotinó y atacó con gritos y denuestos, con palos y piedras á los que regresaban y los obligó á refugiarse dispersados en el convento.

Cuando á consecuencia de esta desobediencia brutal de la orden imperial fué repetida la citación y el edicto de Praga en términos más violentos, cometió el consejo municipal el error de contestar como la primera vez, no solamente respondiendo á las acusaciones, sino culpando además al populacho de los últimos excesos y confesando su insuficiencia para proteger á los católicos en sus actos de culto.

La corte imperial aprovechó hábilmente esta confesion manifestando que en tal situación se encargaba ella de la protección de los católicos, y encargó al duque Maximiliano una comision análoga á la que acababa de ejecutar en Kaufbeuern, cuya mision aceptó el duque muy diligentemente, con lo cual quedó este asunto privado de su carácter local; y Maximiliano emprendió la ejecución en sentido general como encargado de rechazar enérgicamente las extralimitaciones del protestantismo. No por esto dejó de proceder con cautela, aguardando antes de dar el golpe decisivo á que los contrarios se colocaran enteramente en terreno falso, y lo que le facilitó su propósito fué la divergencia entre el consejo municipal tibio é inclinado á ceder, y la población decidida á no retroceder, lo que produjo repetidas turbulencias.

Cuando los delegados bávaros exigieron del consejo municipal de Donauworth una promesa escrita de que no se turbaría mas el culto católico en esta ciudad, y cuando se dispuso otra vez una nueva procesion para la inmediata fiesta de San Marcos, se armaron los habitantes y se amotinaron, diciendo que matarian como zorros á los sayones del duque si volvían á querer atravesar la ciudad con banderas desplegadas. El consejo municipal prometió á los subdelegados hacer obedecer dentro seis semanas á la población el mandato imperial, y entonces se alejaron los delegados de la ciudad para no verse expuestos á las agresiones del pueblo. El consejo municipal temió por su parte tambien al populacho; pero cobró nuevo aliento en vista de la actitud de los magnates protestantes vecinos, y en su consecuencia procuró eludir el compromiso contraído. Varios magnates convocados en Nordlingen en mayo de 1607 por el conde palatino de Neuburg y por la ciudad independiente de Ulm, prometieron auxiliar á la ciudad de Donauworth, y protestaron contra la conducta observada por el emperador, el duque de Baviera y el obispo; negaron tambien la competencia del consejo imperial en materias religiosas, la validez de mandatos no apoyados por una sentencia formal, y el derecho del duque de Baviera de intervenir en un círculo del imperio del cual él no formaba parte, ni mucho menos lo presidía. Tambien negaron al abad de Santa Cruz y al obispo de Augsburgo el derecho de introducir y organizar nuevas ceremonias. Finalmente, el duque de Wurtemberg protestó en un escrito particular, y como jefe del círculo de Suabia, contra la intervencion ilegal en su cargo.

Confiando en estos aliados repitió el consejo municipal de Donauworth, en una nueva exposicion que envió á Praga, sus objeciones contra el procedimiento ilegal, con lo cual dejó pasar el plazo de seis semanas sin cumplir el compromiso contraído con el duque de Baviera, y este irritado por el insulto hecho á él y al emperador en las personas de sus delegados, excitó al emperador á declarar la citada ciudad fuera de ley, cumpliendo así su amenaza y ofreciéndose á ejecutar la sentencia, y añadiendo que si el emperador no lo hacia se encargaría él de su cuenta y riesgo de enseñar al pueblo de Donauworth á respetar á un príncipe del imperio y comisario imperial.

Mucho trabajo costó hacer decidir al tímido é irresoluto emperador, que por lo demás debía tener tambien sus escrúpulos respecto del procedimiento empleado contra la citada ciudad, justamente cuando necesitaba con mas urgencia el auxilio del imperio contra los turcos. Fué menester que el duque de Baviera enviase la renuncia de la mision que se le había confiado para que el emperador se decidiera á proceder con rigor contra los protestantes. En fin el 3 de agosto (estilo nuevo) de 1607 fué redactado y firmado el decreto declarando á la ciudad fuera de la ley, cuya publicacion y ejecución fué encargada al duque de Baviera.

El consejo municipal, arrepentido de su actitud, suplicó al emperador en una exposicion humilde que modificara su orden prescindiendo de la declaración de fuera de la ley, prometiendo en cambio la municipalidad firmar la declaración que se le había pedido y castigar severamente á los culpables.

El mes de setiembre hubo con este motivo nuevas negociaciones en las cuales el duque de Baviera fué aumentando sus exigencias. El consejo municipal estaba dispuesto á ceder, pero los vecinos se obstinaron en no querer hacer concesion ninguna y se indignaron sobre todo de que se consintiera en la entrega de todos los culpables porque esta condicion amenazaba á todo el mundo, y por esto decían los vecinos que antes de consentir que se formara causa al individuo mas importante de la ciudad matarian á todo el consejo municipal. La indignacion creció hasta dar lugar á verdaderas sublevaciones y solo por los esfuerzos de los enviados de los magnates protestantes se restableció la paz entre los partidos de la ciudad; pero la tranquilidad duró poco y nuevas sublevaciones condujeron hasta la prision del secretario de la ciudad y aun á la supresion temporal del alcalde. Al fin cedieron los habitantes ante las amenazas del duque, y en 30 de octubre (10 de noviembre) se manifestaron los diferentes gremios dispuestos á someterse á sus exigencias. Pero en aquel momento llegó el abogado del conde palatino de Neuburg, y presentó á los ciudadanos de Donauworth la excitación, escrita por los correligionarios protestantes reunidos en Ulm, de mantenerse firmes y no conceder nada de que no pudiesen responder ante sus compañeros protestantes, y añadió verbalmente que los habitantes de Donauworth se dejaran declarar tranquilamente fuera de la ley porque sus correligionarios les sacarian del compromiso.

Por consecuencia las resoluciones adoptadas fueron otra vez anuladas y se contestó á los enviados bávaros negándose á casi todas las exigencias de Maximiliano.

Esto concluyó con la paciencia del duque de Baviera, y el 2 (12) de noviembre de 1607 hizo saber el heraldo de Nordheim, una aldea situada cerca de Douauworth, con las formalidades acostumbradas, la declaración de fuera de la ley. Desde allí pasó el mismo mensajero á Ulm, Nordlingen y Neuburg para repetir la proclama.

Maximiliano tenia hechos ya para este caso extremo sus preparativos, y antes de concluir el mes de noviembre tuvo ya en marcha 6,000 hombres con 600 caballos, 14 piezas de artillería y un tren completo de sitio. Esta fuerza era bastante para hacer frente tambien en caso necesario á los protestantes vecinos si pretendían auxiliar con las armas al pueblo de Donauworth. Pero nadie se movió, ni siquiera las otras ciudades de Suabia, á pesar de ver todas el destino que les esperaba; y cuando el ejército bávaro se presentó delante de la ciudad se acobardaron los fanfarrones callejeros lenguaraces que habían dicho que era menester defenderse hasta deramar la última gota de sangre, y al ver que aumentaba el peligro huyeron, lo mismo que tres predicadores protestantes. Antes de darse principio al sitio se rindió la ciudad el domingo 6 (16) de diciembre de 1607, la cual fué ocupada inmediatamente por una numerosa guarnición bávara que levantó la horca en medio de la plaza del mercado.

Este triunfo fácil excitó entre los católicos un gran júbilo del cual participó el duque Maximiliano segun una carta que el emperador designó al papa, mientras el embajador español en Viena envió al héroe bávaro las felicitaciones de su soberano por haber probado con su hazaña que era posible someter á los herejes rebeldes sin gran trabajo.

La infortunada ciudad de Donauworth fué hecha bávara y católica; porque Maximiliano, habiendo cumplido su mision, dijo que despues de haber satisfecho el interés del em-

perador y del papa, podía atender ya á su interés propio y apoderarse de la ciudad independiente de Donauwörth que siglos antes había sido pasajeramente dominio bávaro, y que á pesar de su pequeñez era importantísima para la Baviera, pues que confinaba con tres círculos del Imperio, en cuyo punto se cruzaban las grandes carreteras entre Ulm, Nuremberg, Ratisbona, Augsburgo y Munich, al mismo tiempo que el antiguo puente macizo sobre el Danubio facilitaba á Baviera extenderse río arriba y penetrar en los territorios protestantes de los condados de Oettingen y Neuburg.

Verdad es que hubiera sido un atropello inaudito de todo derecho y de toda tradición en el Imperio alemán la transformación de una ciudad independiente, aunque puesta fuera de la ley, en simple ciudad de un soberano particular; pero otras ciudades libres habían sido entregadas temporalmente por insolvencia á sus acreedores, y la misma ciudad de Donauwörth había estado empeñada en garantía á la casa de Baviera desde 1376 hasta 1459. Sobre esto fundó Maximiliano su plan pidiendo á la ciudad pobre la suma exagerada de 200.000 florines como indemnización de los gastos de ejecución, cuando la ciudad ni siquiera hubiera hallado recursos para aprontar los intereses de esta cantidad. El duque consiguió, después de mucho trabajo, su propósito. La ciudad fué declarada libre de la sentencia y entregada al duque hasta haber satisfecho los gastos de ejecución, intimándose á los vecinos que acataran las órdenes presentes y futuras del duque, en cambio de lo cual este prometió representar la ciudad debidamente ante el emperador y el Imperio. El 13 (23) de julio de 1609 fué instituido con toda solemnidad el nuevo gobierno en la ciudad, que entonces recibió su nombre actual, y fueron suprimidas en su sello municipal las palabras «ciudad del sacro Imperio romano.» Desde entonces fué sometida al régimen bávaro, aplicado con mayor rigor que en el resto de Baviera, lo que hizo aumentar rápidamente la miseria en la infortunada ciudad, de la cual se apoderó también la reacción religiosa con redoblado furor.

Apenas sometida, se presentaron en la ciudad algunos jesuitas que se apresuraron á ocupar los púlpitos abandonados por los eclesiásticos protestantes fugitivos. Si hubiera sido posible, Maximiliano, como buen discípulo de los jesuitas, habría exterminado de un golpe todo el protestantismo, pero sus consejeros le hicieron comprender que con esto violaría la paz religiosa que continuaba vigente en la ciudad libre, aun declarada fuera de la ley, y el bávaro era demasiado prudente para ponerse en conflicto con el derecho existente del Imperio, quedando, no obstante, otro camino más seguro, el de la astucia, de las intrigas y otras artes del arsenal jesuítico. Por esta razón desaprobó el celo impetuoso é inconsiderado que en la obra de las conversiones mostraba su gobernador, el altanero Conrado de Bemelberg, quien aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para vituperar á los empedernidos herejes, á quienes decía en todos los tonos que estaban vendidos á Satanás.

El padre Jorge Schrettel y sus compañeros jesuitas fueron á buscar á los ciudadanos á sus propias casas y les instaron á que tomasen la Comunión de sus manos secretamente, en sus propios domicilios, en caso de que no se atreviesen á tomarla en público. Acudieron también al hospital amenazando á los que allí estaban para que se convirtieran, y no vacilaron en acercarse con igual propósito al lecho de los enfermos y de los moribundos, y con estampitas de santos conseguían de los niños que no rezaran el final del Padrenuestro protestante de la doctrina cristiana. Pero con todos sus múltiples artificios y mañas no lograron por el momento

mas que un éxito escaso, tanto que el padre Schrettel se lamentaba de no poder «presentar al duque, cuatro meses después de la conquista, mas que cincuenta y ocho ovejas restituidas al rebaño de Jesucristo;» y su compañero Matias Mitner decía en tono doliente: «Día y noche vamos á caza de almas, pero hasta ahora hemos logrado un botín muy pequeño.» En los primeros momentos de terror convirtieron algunos, que en su mayor parte eran, según expresión del padre Schrettel, gentes «insignificantes, libertinas,» que antes habían sido ya católicos ó que por haber tomado parte en la guerra de banderías tenían motivos para temer ser castigados. Otros se convertían con la esperanza de obtener una recompensa ó protección. Por lo general los worthenses mantuvieron fieles á sus creencias dando pruebas de gran energía y valor, diciendo que preferían morir antes que ser papistas y acudiendo á oír las predicaciones protestantes en las vecinas aldeas de Berg y Zirgesheim á pesar de las cargas y molestias que el gobernador les imponía. Sin embargo, ante la doble presión de la propaganda jesuítica por un lado y de la tiranía policiaca de los bávaros por otro, la resistencia fué cediendo poco á poco: diez años después, la mitad de la población era católica, y al cabo de otros diez (1627) el resto de los protestantes volvió «al rebaño del Señor» por haberles puesto un edicto ducal en la alternativa de convertirse ó emigrar.

#### LA DIETA DE RATISBONA DE 1608

La nueva dieta de Ratisbona inauguró sus tareas bajo la presión de la catástrofe de Donauwörth.

En aquella ocasión también su convocatoria se debía á los acontecimientos públicos y á los apuros económicos del emperador. El fracaso de las tentativas que repetidamente se hicieron para restablecer la paz entre el Austria y la Puerta, fracaso debido á las exigencias de una y otra parte, trajo consigo necesariamente la prosecución de la guerra; mas tampoco entonces se libraron batallas decisivas de esas que conducen á una definitiva victoria, limitándose á luchas, á largos combates para apoderarse de algunas ciudades, castillos y empalizadas tan pronto conquistados como perdidos, y á interminables y asoladoras incursiones que llevaron la mas espantosa miseria á aquellos castigados territorios. La suerte de los imperiales tenía muchas alternativas, á pesar de que la guerra que la Puerta sostenía al mismo tiempo contra Persia exigía de aquellos duros sacrificios, y á pesar de que la sublevación de los rebeldes de Asia revestía un carácter cada vez más amenazador; pero es que también en el interior del territorio del Imperio había alzado la rebelión su cabeza. El cruel despotismo del régimen rudolfino fué causa de que se sublevara el príncipe de Transilvania, Estéban Bocskay, y á poco de haberse este rebelado la sedición extendíase por toda Hungría, siendo de temer que se propagara muy pronto á los demás países de la casa de Austria.

Así las cosas, natural era que Bocskay buscara el apoyo de la Puerta, y en noviembre de 1604 se firmó entre uno y otro una alianza de recíproca defensa, por la cual el sultán garantizaba al príncipe la soberanía de Transilvania y le daba en feudo la Hungría. En el otoño de 1605 ciñóse Bocskay solemnemente en el campo de Rakosch la corona húngara.

La campaña de 1605 fué brillantísima para estos aliados, pues mientras el gran visir Lala Mohamed rendía la plaza fuerte de Gran, Estéban Bocskay obligaba á capitular á la de Neuheusel, victorias á las que sucedió seguidamente la toma de Wissegrad, Vesprim y Palota. Al propio tiempo, un cuerpo de tropas tártaras, compuesto de 2.000 hombres, penetraba en Estiria.

Ante la gravedad del peligro y en vista de que ni el rey Felipe III, ni el papa Paulo IV, ni los príncipes y repúblicas de Italia, ni la corona de Inglaterra le ofrecían el solicitado auxilio, el emperador hubo de dirigirse otra vez al Imperio implorando la ayuda de los círculos imperiales; pero sus demandas solo fueron atendidas por los católicos y por los protestantes conservadores. El elector del Palatinado y los que

como él pensaban exigieron la reunión de una dieta única que podía otorgar recursos para combatir á los turcos. La opinión general era que debía aprovecharse aquella ocasión para conseguir que se atendiera á las quejas que de todos lados se levantaban.

Rodolfo dirigióse, en noviembre de 1605, á los príncipes suplicándoles que dieran su consentimiento para la convo-



*Magnum est te tantis, FERDINANDE, priorib' ortu  
Anteferat te illis, æquiparetve Deus.*

El archiduque Fernando de Estiria. Facsimile de un grabado anónimo de la época

catoria de una dieta, y en abril de 1606 recibióse su contestación afirmativa.

Poco después los plenipotenciarios imperiales firmaron la paz con los dos enemigos del emperador: en 23 de junio de 1606, en Viena, con Hungría, y en 11 de noviembre, en Sitva-Torok, con los turcos.

El emperador firmó ambos tratados de paz, en virtud de los cuales asegurábanse á los húngaros importantes derechos de clases, especialmente la libertad religiosa, y se cedía á los turcos un extenso territorio además de hacerseles un cuantioso donativo en dinero; pero mostróse reacio al canje de ratificaciones, pues á pesar de su situación cada vez más apurada ardía en deseos de continuar la guerra contra sus vecinos los infieles y contra sus rebeldes vasallos.

En esto se fijó para el día 1 (11) de noviembre de 1607 la reunión de la dieta, cuya apertura tantas veces había sido aplazada.

El enfermo y huraño emperador tampoco quiso entonces presentarse personalmente á la dieta, pero esta vez no nombró representante suyo á su hermano Matias que en las dos últimas dietas había dirigido los debates y negociaciones con espíritu conciliador y con quien á la sazón estaba enemistado, sino á su primo el archiduque Fernando de Estiria, el adalid del ultramontanismo en los territorios hereditarios. Por añadidura, entre los diez asesores que le nombró no había uno solo que perteneciese ó fuese adicto á la religión protestante, sino que, por el contrario, «eran en su mayoría católicos fanáticos y adeptos de los jesuitas.» Al frente de